

VI

Pasados dos días acampábamos en las cercanías de Mestre, donde permanecimos un mes próximamente, es decir, hasta la estipulación del último armisticio, después del cual retrocedimos en dirección á Ferrara.

De Padua no recibimos contestación alguna ni antes ni después, y por consiguiente, Carluccio continuó en compañía del regimiento.

Desde luego se pensó en darle traje nuevo, por lo mismo que el suyo, por demás usado y maltrecho cuando se vino, habíasele acabado de destrozarse en las marchas, y se le caía materialmente á pedazos. Proveímosle, pues, de un sombrero de paja, una chaquetilla y unos pantalones de lienzo, una linda corbata color de rosa y un par de zapatos hechos á la medida de su pie. ¡Qué alegría la de aquel pobre muchacho! Cuando le presentamos aquellas prendas se quedó tal que parecía no dar crédito á lo que estaba viendo. Ruborizóse, volvió la cabeza á uno y otro lado, imaginó que tratábamos de burlarnos de él, hizo repetidas veces ademán de rechazar aquel inesperado regalo, y durante largo rato permaneció con la barba clavada en el pecho. Pero en cuanto advirtió que empezábamos á incomodarnos en vista de su obstinada incredulidad, y que hacíamos ademán de marcharnos diciendo: — Está bien; vestiremos á otro muchacho; — alzó la cabeza, dió un paso hacia nosotros, indicónos con la mano que nos detuviéramos y con voz llorosa y conmovida nos dijo: — ¡No! ¡no! — Pero avergonzándose de repente de su súplica, bajó de nuevo la cabeza, y permaneció allí durante largo rato inmóvil y con los ojos llenos de lágrimas.

Vistióse al cabo, pero tan satisfecho estaba con su traje

nuevo, y al propio tiempo tan embarazado, que ni sabía andar, ni moverse, ni hablar siquiera.

— ¡Caramba, Carluccio! — le decían los soldados haciéndose atrás, cuando pasaba recatándose por en medio de ellos. — ¡Caramba! ¡Vaya un vestido que te has echado!

Y él se ruborizaba y echaba á correr.

No había pasado una semana, y acostumbrado ya á nuestra vida, hízose alegre y avispado como un tamborcillo: era amigo de todos los soldados de nuestra compañía, y de muchos de las otras: conocía á todos los oficiales del regimiento, y satisfecho con su nuevo estado, adoptó un modo de vivir tal, que ocupado continuamente, ni le quedaba tiempo para fastidiarse y prestaba á todos muy buenos servicios.

Dormía en nuestra tienda. Al amanecer, en cuanto se tocaba diana, levantábase y salía, y no habíamos aún acabado de despertar, cuando se hallaba ya de vuelta de la cocina de nuestro batallón con el café, el ron y el aguardiente, y con su cariñosa vocecita decía: — Señor oficial, ya es hora... — ¿Hora de qué? — interrumpíamos nosotros con voz áspera y malhumorada frotándonos los ojos. — Hora de levantarse. — ¡Ah! ¿eres tú, Carluccio? Venga esta mano. — Y se la estrechábamos, y aquel cariñoso apretón le ponía de buen humor para todo el día.

Disputaba la labor á nuestros asistentes; quería acepillar los uniformes, y limpiar los botones, los sables y el calzado, lavar las camisas, pañuelos y calcetines, en suma, quería hacerlo todo, y pedía humildemente á los soldados que le hicieran el favor de darle en qué ocuparse, pues estaba dispuesto á hacerlo con la mejor voluntad, y que pondría cuanto estuviera de su parte para que quedaran satisfechos, puesto que necesitaba aprender y él quería aprenderlo todo. Ocasiones hubo en que nos vimos precisados á quitarle de las manos los objetos que en ellas tenía, diciéndole con cierta severidad: — ¡Ea! ¡haz lo que se te mande y nada más! —

Y en rigor debíamos proceder de esta manera, pues en conciencia no podíamos consentir que se convirtiera en criado nuestro. ¿Á qué? ¿Le habíamos admitido acaso en nuestra compañía con semejante condición? Pero es el caso que él abrigaba el temor de que al cabo concluyéramos por cansarnos de él, y aun cuando le colmábamos de caricias y cuidados, parecía que de no trabajar habíamos de considerarle como carga inútil é insoportable, y de ahí que pusiera verdadero empeño en servirnos y complacernos, y ya que no pudiera otra cosa, en demostrarnos que no era por falta de buena voluntad.

Á veces le asaltaba el temor de que nos pareciera importuno, y esto le hacía sufrir en gran manera. Ocasiones hubo en que, comiendo con nosotros, sentado en el suelo, junto á una servilleta ó mantel extendido encima de la hierba, apercibiéndose de que le estábamos mirando, avergonzándose de comer, se ruborizaba, bajaba los ojos, comía á pedacitos muy pequeños, y si no se nos ocurría á nosotros llenarle el vaso, no se atrevía á hacerlo y permanecía sin beber durante el tiempo de la comida. En otras ocasiones, en tanto procurábamos conciliar el sueño debajo de la tienda, avergonzándose de ocupar tanto espacio y tanta paja, y se sentaba y arri-maba la paja, que juzgaba inútil para él, hacia los sitios ocupados por nosotros, reservándose únicamente una porción insignificante y se acurrucaba hecho un ovillo junto á la tela de la tienda, con peligro de pillar un constipado á causa del relente.

No se me escapaban á mí ni una sola de sus acciones ni el más insignificante de sus pensamientos, y por lo mismo que le quería, apresurábame á disipar sus temores, ora apostrofándole cariñosamente: —Hola, Carluccio, ¿cómo estamos? —ora cogiéndole las mejillas de aquel modo que significa: —Puedes estar tranquilo; yo te protejo,— con lo cual se tranquilizaba.

Es indecible la triste compasión que me inspiraban su vergüenza y sus temores. Cuantas veces, bajo la tienda, mientras le contemplábamos durmiendo tranquilo, á la débil luz que en ella ardía, envuelto en mi capote y con el rostro medio oculto debajo de una gorra de cuartel, cuántas veces me dije:—¡Pobre Carluccio!—¡Porque no tienes madre imaginaste hallarte solo en el mundo, sin que en él hubiese quien bien te quisiera! No, Carluccio; para los niños que no tienen padre ni madre existen los soldados: cierto que nada más poseen que el pedazo de pan que llevan en el bolsillo; pero en cambio abrigan en su corazón un tesoro de afecto, y entregan generosamente lo uno y lo otro á todo aquel que lo ha de menester. Duerme tranquilo, Carluccio, y sueña con tu madre que está en el cielo, que en este momento te mira cariñosa y que se halla contenta de que te encuentres á nuestro lado, porque sabe que debajo del paño tosco de nuestros capotes laten corazones que se parecen mucho al suyo.

Durante el día no paraba un instante. Cuando se había dado orden prohibiendo que los soldados salieran del campamento, como no rezaba con él la orden, salía él á hacer provisión de agua, y podía vérsese en derredor de las tiendas, cargado de botas y fiambreras, sofocado, sudoroso, seguido de una multitud de soldados sedientos, que materialmente le estrujaban, importunándolo á porfía para que les diera de beber.

— Mi fiambarrera, Carluccio.

— Carluccio, mi bota.

— No, primero la mía.

— No, no, la mía antes: yo he sido el primero que te la ha dado.

— No es verdad.

— Sí que lo es.

Y él, sin inmutarse y procurando que se calmaran y mantuvieran á razonable distancia, les decía: — Á todos á la vez

es imposible: á cada uno le llegará su turno; hacedme el favor, retiraos un poco, no me dejáis resollar.—Y se secaba el rostro, y tomaba aliento, pues realmente estaba cansado y jadeante y apenas podía con su cuerpo.

Á veces se veía solicitado por alguno que deseaba escribiera una carta para su casa, ó le leyera y explicara el contenido de la que acababa de recibir. Semejante servicio lo prestaba revistiéndose de extraordinaria gravedad. Permanecía un rato pensativo, y luego decía muy serio y formalote: —Veamos.—Sentábanse debajo de la tienda, y después de haber hablado largo rato con el índice puesto sobre el pliego escrito ó que debía escribirse, Carluccio, arrebozada la manga de la chaqueta, ponía manos á la obra arqueando las cejas, apretando los labios, y emitiendo un sonido inarticulado que quería decir: —Es un asunto serio; pero se hará lo que se pueda.

También ayudaba á los soldados á arreglar sus tiendas, para lo cual se daba muy buena maña en tirar y atar los cordelillos, y en hincar en el suelo las estacas, tanto que no parecía sino que se había pasado la vida entera ocupado en aquel menester.

Pero lo que ponía en el colmo su alegría eran las maniobras de la tropa haciendo el ejercicio. Cuando esto acontecía, retirábase á un extremo del campamento, y allí permanecía casi sin pestañear en tanto duraban las maniobras. Materialmente parecía salir de tino cuando formado todo el regimiento obedecía como un solo hombre á la voz del jefe. Aquel golpe seco producido por las culatas de mil y quinientos fusiles, que sonaban como uno solo; aquel rumor agudo y prolongado originado por mil y quinientas bayonetas que se desarmaban, se quitaban, se volvían y envainaban á la vez; aquellas voces de mando poderosas y prolongadas, y el silencio profundo que reinaba en las filas, y todos aquellos rostros inmóviles y firmes lo mismo que estatuas, engendraban en

su pecho un entusiasmo tan vivo, y en su ser un deseo tan ardiente de saltar, de moverse, de correr, de gritar, que á duras penas lograba dominarse; pero podía más en él el respeto, y jamás se atrevió á dar expansión á sus sentidos en tanto permaneció formado el regimiento. Limitábase en todo caso, y cuando más, á tomar un continente marcial, á contemplarnos con la cabeza levantada y la mirada fija, bien que sin darse cuenta de ello, secundando sin advertirlo los impulsos de su ánimo, á la manera de lo que acontece á aquel que oyendo referir un suceso que le interesa y conmueve, va expresando con sus movimientos y ademanes el efecto que produce en su ánimo aquello que oye referir.

Cuando oía la música parecía materialmente volverse loco.

En las noches en que alguno de nosotros se encontraba de servicio en las avanzadas, no estaba tan satisfecho.— Buenas noches, señor oficial, — nos decía, dirigiéndonos una mirada penetrante en el momento de marchar, y después salía de la tienda y nos seguía con los ojos hasta que nos perdía de vista.

Este proceder afectuoso y gentil lo empleaba con todos, lo mismo con los oficiales que con los soldados, y por esto todos le querían. Siempre y cuando pasaba entre las tiendas de una compañía cualquiera, todos le llamaban y le tendían los brazos para detenerle, y se levantaban y le corrían detrás para cogerlo á fin de que les leyera alguna carta. — Carluccio, oye, aguarda, una palabra, una palabra tan sólo.

Á los oficiales les saludaba militarmente con expresión de respeto más ó menos profundo según su graduación, cosa que había procurado conocer desde el primer día. Al coronel le tenía gran miedo, por el profundo respeto que le imponía. Si por acaso le veía de lejos, ó echaba á correr, ó se escondía en la primera tienda que encontraba, sin que él mismo supiera por qué. Es el caso que un día que estaba charlando con dos ó tres soldados junto á la tienda de un comandante, apa-

reció de repente el coronel, con lo cual se echó á temblar de pies á cabeza; pero como no le quedaba tiempo ni lugar para ocultarse, y no tenía más recurso que mirarlo y saludarle, alzó los ojos tímidamente y se quitó el sombrero. El coronel le miró, pasóle la mano por la barba, y le dijo: — Adiós, buen muchacho. — Carluccio estuvo á pique de enloquecer: vino corriendo á nuestro encuentro, y jadeante y balbuceando nos dió cuenta de lo sucedido.

Y cosa extraña en un muchacho de su edad; jamás abusó lo más mínimo de la familiaridad con que se le trataba. Siempre se portó con la misma dulzura, humildad y respeto que el primer día que lo recogimos en mitad del camino, y de dicho día, para él venturoso, solía hablarnos con frecuencia, y siempre con las lágrimas en los ojos. No es esto decir que no tuviera también sus horas de melancolía. Acométfale ésta generalmente en los días lluviosos, en los cuales los soldados permanecen debajo de sus respectivas tiendas y el campamento está desierto y silencioso. En tales días permanecía también sentado en la tienda con el rostro vuelto hacia la abertura, y los ojos clavados en el suelo, cual si fuera contando las gotas que pausadamente iban cayendo en el interior.

— ¿En qué piensas, Carluccio? — le preguntaba.

— ¿Yo? En nada.

— No es verdad esto, — le decía yo. — Vén acá, pobre Carluccio, vén acá, cerca de mí: yo no soy más que uno de los muchos que te quieren; pero te quiero tanto como todos. Siéntate á mi lado; hablemos los dos como buenos amigos, y arrojemos del corazón nuestras tristes melancolías.

Él lloraba. Afortunadamente eran éstas melancolías que se desvanecían pronto.

VII

En uno de los ángulos del campamento había dos casuchas, habitadas por una honrada familia de campesinos, y en ellas se estableció el cuartel general de las cocinas para los oficiales de los cuatro batallones. No hay para qué decir la confusión que reinaba allí. Baste saber que para cada cocina, entre cocineros y pinches, había seis ú ocho soldados, y por lo tanto, fácilmente puede comprenderse que aquello era una reprensión continua de parte de los que, sin saber gran cosa, echaban en cara á los otros su ignorancia, y les explicaban cómo debía disponerse tal ó cual guiso; un charlar sempiterno de los que pretendiendo aprender no se cansaban de preguntar; un ir y venir incesante de asistentes que iban á buscar la comida para los oficiales que prestaban servicio en las avanzadas, y de campesinos, vendedores y chiquillería de aquellos alrededores.

En un mísero cūchitril de una de dichas casas fué cuidado Carluccio cuando le acometieron las calenturas que hacía algunos días se habían cebado en el regimiento, hasta el punto de que no se pasaba uno en que no resultaran acometidos, tres, cinco, siete soldados por compañía. Á Carluccio le dieron tan fuertes é intensas que llegó á temerse seriamente por su vida. Asistióle con todo esmero el médico del regimiento, y nosotros le cuidamos lo mejor que supimos.

Entre las tiendas y la puerta de aquel desnudo aposento había un ir y venir incesante de soldados que iban á enterarse del estado del enfermo. Entraban de puntillas; acercábanse poquito á poco á su cama; fijaban sus miradas en los ojos, que paseaba lentamente de uno á otro lado cual si quisiera darse cuenta de lo que sucedía, ó posaba inmóviles sobre el rostro de los que le contemplaban, sin dar señal alguna de conocerlos;